

Montando con las Dykes on Bikes

El club de lesbianas motoristas es una institución en San Francisco

◆ Miquel Silvestre

Dyke: tortillera f (argot). Definición del diccionario Inglés Español Oxford University Press 2005.

Conocí a las Dykes on Bikes mientras cruzaba los Estados Unidos en moto de costa a costa. No fue difícil topar con ellas al llegar a San Francisco; en la ciudad con la comunidad homosexual más importante e influyente del mundo, este activo grupo de lesbianas es una institución. No en vano, fundado en 1976, el club abre el desfile del más famoso y antiguo Orgullo en una parada colorista, rugiente, desenfadada y con olor a gasolina.

San Francisco es húmedo. La inmensa bahía fabrica espesas brumas que desde las montañas circundantes se deslizan lentamente hacia el mar. Sin embargo, el domingo se levantó despejado. Un buen día para montar en moto. A las diez y media me presenté en el Spike's Café, sito en el barrio de Castro, territorio homosexual por antonomasia en Estados Unidos. En las ventanas se podían ver banderolas del arco iris y carteles reclamando el voto negativo para la proposición ocho. Sandy Caughlan, la presidenta, me recibió afablemente y me fue presentando. En apariencia era un grupo variopinto de mujeres sin más denominador común que montar en motocicleta. Y había algunas bastante potentes, como una KTM Adventure 900 o una Harley Davidson Fat Boy.

Tras unos cafés arrancamos. Sorteando el tráfico matutino fuimos hasta una bolera en Rockaway Beach, playa conocida por una canción de «Los Ramones». Las boleras son lugares de encuentro típicamente americanos. Hoy no están tan de moda como en los cincuenta, pero todavía atraen a bastante público. A nuestro alrededor, grupos de amigos comían pizza y lanzaban con una pericia sorprendente. El repetitivo sonido de los choques tenía un algo hipnótico. Entre lanzamiento y lanzamiento me comentaron que el grupo se fundó como una reunión informal de lesbianas amantes de las motos. Nunca pudieron imaginar que llegarían a ser un club estable con numerosas sucursales dentro y fuera de Norteamérica. Hoy hay franquicias asociadas en ciudades estadounidenses como Phoenix, Dallas, Atlanta, Detroit, Portland o Pittsburgh, así como en países tan dispares como Canadá, Australia, Polonia y Gran Bretaña.

«1976, debían ser tiempos duros», comentó. «Todos lo son», confirmaron sin perder la sonrisa, «aunque hoy en San Francisco nadie se ofende». Entendí lo que decían. Tras recorrerla a fondo, me he dado cuenta de que California, al menos la franja costera, es muy diferente al resto del país. Se respira un ambiente liberal y abierto imposible de vivir en Texas o Alabama. En California hay menos iglesias, todo terrenos de ocho cilindros, carteles de apoyo a las tropas y banderas de barras y estrellas. El patriotismo religioso que tanto abunda en el Medio Oeste no se percibe entre los californianos de la costa, los llamados «Beach people». Sin embargo, el interior del estado más populoso de la Unión mantiene una ideología conservadora y rural. La polémica propuesta 8 salió adelante en referéndum.

«¿En qué consiste exactamente la propuesta 8?», pregunté. Me explicaron que lo que se planteó en la votación era aprobar o



Imagen en ruta con las «Dykes on bikes» por las carreteras de California.

Castro y Harvey Milk

Castro es el espejo en que se mira el madrileño barrio de Chueca. El famoso vecindario de San Francisco nació en 1887 cuando se estableció una línea de tranvía por cable que unía Eureka Valley con el centro de la ciudad. Entre 1910 y 1920 se le llamó Little Scandinavia por el alto número de residentes que descendían de inmigrantes noruegos, suecos y fineses. A partir de 1930 se convirtió en un barrio obrero de población mayoritariamente irlandesa. Según explica Morgan Spurlock (Supersize me), en un episodio de un documental titulado 30 días en Castro, el origen de la comunidad gay

se remonta a la Segunda Guerra Mundial cuando el Ejército trasladó allí a miles de reclutas eximidos del servicio por su homosexualidad. En 1975, Harvey Milk, interpretado recientemente por Sean Penn, abrió un comercio en Castro. Decidido a transformar el barrio, asolado por la marginación y la pobreza, se convirtió en el primer cargo electo abiertamente gay de la ciudad. Desde entonces, el vecindario ha sufrido una completa transformación y a pesar de los duros embates del sida en la década de los ochenta, hoy es un atractivo crisol de culturas e identidades.

no una modificación de la Constitución estatal que prohibiera expresamente los matrimonios entre personas del mismo sexo. Fue un movimiento más religioso que político después de que el Tribunal Supremo californiano dictaminara su legalidad hace unos años. «Pero es una modificación ilegal», aseguraron; «los cambios constitucionales exigen ser aprobados por una mayoría de dos tercios en la asamblea legislativa y eso no ha sucedido. No se han cumplido los procedimientos».

Yo tenía entendido que en argot Dyke era insultante. «Ya no», aseveran. «Lesbiana es muy genérico, pero yo soy una tía dura, una luchadora. Yo soy una Dyke», precisa orgullosa Zach, dueña de una potente Harley. Zach es joven. Lleva la cabeza rapada, tatuajes moteros y gasta unos bonitos ojos azules. Su pareja es más mayor y es madre. Ha perdido un hijo en Irak. Está orgullosa del trabajo que hacía y por el que dio la vida, pero quiere que la guerra se acabe. Su otra hija

también es lesbiana y se casó antes del referéndum. Su matrimonio seguirá siendo válido, al menos en California. En otros estados no le reconocen efectos legales. Tampoco a la adopción de doble vínculo. Si los adoptantes se mudan a otro estado, uno de ellos perderá la relación parental. Los conflictos de leyes entre unas y otras jurisdicciones se precén fenomenales.

Sigo lanzando la bola y haciendo el ridículo. Se rien sin malicia de mí y me aplauden cuando por pura casualidad golpeo un bolo. Son mujeres alegres, expresivas, incluso un poco payasas como puede serlo el americano medio cuando se relaja. Les pregunto por la monogamia. No lo tienen muy claro, se unen en parejas estables pero la exclusividad no es una regla fija.

Terminada la partida, salimos a dar una vuelta. Enfilamos la revirada Highway 1 en dirección sur. Sobre el Océano Pacífico, el sol del atardecer refulgía a nuestra derecha. En Halfmoon Bay torcimos a la izquierda y comenzamos una empinada subida hacia las boscosas colinas que rodean la Bahía de San Francisco. La KTM de Kelly comanda la expedición y marca un fuerte ritmo. Algunas curvas tienen gravilla desprendida de las laderas. Estas tías saben conducir, pienso mientras retuerzo el acelerador para no perderlas de vista.

Dos motoristas lesbianas en una parada y otra con la cazadora cuyo escudo las identifica. / MIQUEL SILVESTRE



Pasa a la página siguiente

Registrarse con la palabra «tortilleras» las llevó al Supremo

Viene de la página anterior

Tras recorrer una espesa y rojiza floresta de altísimas coníferas llegamos hasta el cruce donde está Alice Restaurant, en Skyline Boulevard, punto de encuentro de los moteros locales. Los fines de semana hay cientos de motos aparcadas. Al apearnos, unos tíos se acercan a curiosear atraídos por lo exótico de nuestro grupo. Se sorprenden cuando al husmear descubren mi matrícula de Florida. Cruzar el país es una proeza de resistencia y ellos lo saben. La mayoría de los norteamericanos jamás lo ha hecho. Estos fulanos son sólo un par de presuntuosos domingueros que sacan la «burra» cuando hace sol para lucir mono de cuero.

Kelly les explica que soy un amigo español que llevo cincuenta días recorriendo Norteamérica y que ya he hecho más de siete mil millas desde Miami. Hay algo de orgullo en su tono. Es como si las Dykes ya me hubieran adoptado. «Sí», confirmo riendo y pasándole una mano por los hombros, «pero ellas ruedan mucho más deprisa». Los tíos duros del cuero ya no se divierten tanto. La risa se les ha congelado en la cara. Vinieron a por lana y salieron trasquilados. Es lo que tiene toparse con las Dykes on Bikes sin tomarlas en serio. Algo parecido les sucedió a los distintos funcionarios y abogados que intentaron impedir que las Dykes registraran su nombre. Para ello llegaron hasta el Tribunal Supremo de los Estados Unidos en una batalla legal sin precedentes en la historia procesal de Norteamérica.



En 2003 una mujer de Wisconsin quiso hacer una marca de ropa con el nombre de la asociación

En 2003 se enteraron de que una mujer de Wisconsin intentaba registrar la marca Dykes on Bikes para vender ropa. Acudieron a las instituciones mercantiles de San Francisco para registrarla como nombre de una comunidad no lucrativa. En principio no hubo problemas. Sin embargo, meses después se revisó de oficio la decisión. La autoridad mercantil denegó el registro por entender que «Dyke» era ofensivo para las lesbianas. Iniciaron entonces una dura pugna jurídica para demostrar que Dyke no es vulgar ni vejatorio. Presentaron veintiséis expertos y una definición del diccionario webster de 1913. Tras un cambio de su equipo de abogados y después de un período de información pública, se autorizó el nombre. La decisión volvió a ser apelada pero la Corte de Apelaciones de los Estados Unidos declaró que el término Dykes no es ofensivo. Un abogado conservador recurrió la decisión ante el Tribunal Supremo porque la marca Dykes on Bikes le parecía denigrante, no para las lesbianas, pero sí para los hombres. El alto tribunal rechazó semejante argumentación. Hoy las Bikes on Dykes de San Francisco son las legítimas y únicas propietarias de su nombre y ruedan orgullosas por las carreteras californianas.

Batwoman sale de la vitrina para vivir fuera del armario

DC recupera uno de sus personajes fallidos y le da una maxi-serie en su nueva caracterización de empresaria judía y lesbiana

♦ Javier Cuervo

La editorial multinacional DC recupera a su viejo y pobre personaje Batwoman y lo actualiza como una mujer de negocios lesbiana y de religión judía con una maxi-serie propia de 12 tebeos de lujo escrita por su estrella, Greg Rucka, y dibujada por el preciosista J. H. Williams III. Los tebeos estadounidenses de superhéroes quieren atención de los medios de comunicación y debates en internet que les regalan impagables campañas de publicidad, reflejar la sociedad actual y arañar público entre las minorías.

Casi nada es nuevo en la estrategia de retorno de Batwoman. Se trata, otra vez, de sacar de la vitrina de los viejos personajes a uno de los más penosos de la escudería DC y remozarlo con una salida del armario. Hay una razón industrial. Para las grandes editoriales de cómics, los personajes son su patrimonio. Se compran y se venden, se usan o se guardan. Cuando una editorial de tebeos engulle a otra compra su catálogo y paga por cada personaje para hacer con él lo que quiera. Echar la cuenta del rendimiento económico de un personaje a lo largo de los años sería una forma de medición llena de sorpresas. ¿Cuántos millones de dólares ha generado Superman en sus 71 años de vida? Millones de tebeos vendidos, películas, series de TV, dibujos animados, campañas publicitarias, colecciones de cromos, pastelitos, figuras... todo. He ahí una tesis para un economista del siglo XXI. Casi al otro lado de Superman estaría Batwoman, un personaje de 1956, creado para aumentar la explotación de la franquicia Batman, el segundo gran personaje de DC.

Además, según los relatos, la homosexualidad está detrás del origen de Batwoman, en sentido contrario, eso sí. Bajo la influencia de la sospecha de homosexualidad de Batman y Robin, los guionistas corrieron a crearles una novia a cada uno. Para Bruce Wayne/ Batman, Kathy Kane/ Batwoman y para Robin/Dick Grayson, Betty Kane/Batgirl, sobrina de la anterior. Eran los ridículos tiempos de la familia Batman que incluía el Batperro.

Como Batman/ Wayne, Kathy llegó a ser también una rica heredera con dinero para fabricarse artilugios pero, bonitos tiempos, con forma de packs cosméticos. Batman se arreglaba solo pero Batwoman precisaba que su novio la rescatase.

Con poco éxito e intermitencia, Batwoman tiró hasta 1964. Ganó todo protagonismo Batgirl y ella desapareció del Universo DC, salvo apariciones ocasionales acabó trasladada a Tierra 2, aparcamiento de héroes obsoletos.

Desde 2006 —en la maxi-serie «52»— Batwoman revive en el universo DC como heroína lesbiana judía siempre relacionada con Renée Montoya, una policía hispana cuya salida del armario en la magnífica serie policiaca «Gotham Central» (una especie de «Canción triste de Hill Street» o de la comisaría del distrito 87 de las novelas de Ed McBain) fue un hito. Ahora Montoya ha sido reconverti-



Arriba, Renée Montoya, novia de la nueva Batwoman. Sobre estas líneas, portada de la aparición de Batwoman y, al lado, avance de una cubierta de la maxi-serie que protagonizará.

da en una nueva encarnación del personaje «The Question».

La nueva Batwoman, Kate Kane, es una triunfal mujer de negocios de día y una vigilante de noche. Sexualmente es lo que se conoce como una «lipstick lesbian» (lesbiana de barra de labios, la mujer homose-

xual de acentuado aspecto femenino). El término se usa en EE UU en todo tipo de contextos, entre ellos para las actrices que hacen escenas lésbicas para el cine porno destinado al público masculino.

Lo mejor es que esta estrategia comercial puede hacer un buen tebeo.